



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE



P^a Ntra. Sra. Reina del Cielo • Año IV, N^o 36, 20 de junio de 2010
EVANGELIO DEL DOMINGO

LUCAS 9,18-24

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó:

- «¿Quién dice la gente que soy yo?»

Ellos contestaron:

«Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.»

Él les preguntó:

- «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Pedro tomó la palabra y dijo:

«El Mesías de Dios.»

El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió:

«El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día. »

Y, dirigiéndose a todos, dijo:

«El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará.»



ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: [La resistencia católica en la Alemania nazi.](#)

CONFIRMAR LA FE: [La Eucaristía, fuente y cima de toda vida cristiana.](#)

TESTIMONIO

LA RESISTENCIA CATÓLICA EN LA ALEMANIA NAZI

Muchísimos de los hombres que intentaron oponerse al régimen nazi eran católicos. Los dirigentes nazis no ocultaban sus intenciones con respecto de la Iglesia. En 1935, Reinhard Heydrich, jefe del servicio de seguridad de las SS, declaró: «Nuestros enemigos son los judíos y los eclesiásticos... para los párrocos y los obispos están los campos de concentración y no los púlpitos de las iglesias alemanas.»

Ya en agosto de 1932, los obispos católicos denunciaron al partido nacionalsocialista como anticristiano y antihumano. Con una declaración común sancionaron como ilícita la pertenencia de los católicos al nazismo. Esta condena fue revalidada el 28 de marzo de 1933 y recordada en las cartas pastorales de los años 1934, 1935, 1936 y 1938. A estas declaraciones colegiadas siguieron también intervenciones particulares de los arzobispos de Colonia, Friburgo, Breslau, y los obispos de Osnabruck y Berlín.

Uno de los obispos más comprometidos en la resistencia al nazismo fue Michael Faulhaber. Elegido arzobispo de Munich en el Adviento de 1933, pocos meses después de que Hitler subiera al poder, pronunció cinco famosas homilías, donde denunció la «gran ilusión» transmitida por la propaganda nazi de hacer creer a los cristianos que el Antiguo Testamento no formaba parte de la Biblia y que cristianismo y judaísmo no podían coexistir uno al lado del otro. El cardenal Faulhaber explicó que «golpear a los judíos es como golpear a los cristianos».

Las predicaciones del obispo, que fue definido como «la conciencia de Alemania», y cartas pastorales suscitaron manifestaciones de odio entre los nazis. Entre otras muchas cosas dijo: Puesto que se trata de la verdad del Evangelio, del orden moral entre nuestro pueblo, los obispos estarán siempre en primera línea, bajo el fuego.»

Los libreros que exponían sus escritos fueron castigados, encarcelados los sacerdotes, los laicos y los jóvenes que intentaban difundirlo en público. Hubo demostraciones públicas contra el cardenal que acabaron con el asalto al palacio arzobispal. Arrestos, deportaciones a los campos, confiscación de bienes eclesiásticos, ocupación de casas religiosas se siguieron a ritmo cada vez más creciente en el territorio del Reich. Los sacerdotes eran castigados por los motivos más fútiles.

La gran mayoría de los sacerdotes y los religiosos fueron deportados al campo de Dachau, conocido como «el más grande cementerio de curas del



mundo». Según los datos recogidos por los investigadores, en Dachau murieron más de dos mil setecientos miembros del clero, de los cuales 2.579 eran católicos, 109 evangélicos, 22 greco-ortodoxos, 22 entre viejos católicos y maronitas, y 2 musulmanes.

Fueron muchísimos los hechos heroicos de sacerdotes, religiosos y monjas. San Maximiliano Kolbe, internado en el campo de Auschwitz, ofreció su vida para salvar la de un padre de familia. El beato obispo Michele Kozal fue asesinado en Dachau el 26 de enero de 1943. Rupert Mayer, sacerdote jesuita ya beato, murió justo después de la liberación del campo a causa de los sufrimientos padecidos. Era conocido como el «apóstol de Munich». El padre Alfred Delph formaba parte de un grupo de jesuitas que se oponía al régimen nazi. Después del atentado fallido contra Hitler del 2 de julio de 1944, fue arrestado y trasladado a Berlín. El 2 de febrero de 1945 fue asesinado. Don Theodor Hartz, un salesiano que se distinguió por su actividad caritativa y apostólica, fue internado en Dachau y asesinado el 23 de agosto de 1942.

Sor Edith Stein, beatificada el 1 de enero de 1987 y canonizada el 11 de octubre de 1998, fue internada y asesinada junto a su hermana Rosa.

Fue enorme el precio pagado por la Iglesia polaca. Según una nota de 1941 enviada al Vaticano por el cardenal Sapieha, 2.500 sacerdotes habían sido deportados, 700 de ellos al campo de Dachau, y 400 encerrados en campos de concentración de la diócesis de Metz.

CONFIRMAR LA FE

La Eucaristía (2ª parte) FUENTE Y CIMA DE TODA LA VIDA CRISTIANA

La Eucaristía es la consagración del pan en el Cuerpo de Cristo y del vino en su Sangre, que renueva sacramental y místicamente el sacrificio de Jesús en la Cruz. La Eucaristía es Jesús real y personalmente presente en el pan y en el vino que el sacerdote consagra. Sacramento de la caridad, **la Santísima Eucaristía** es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable Sacramento se manifiesta el amor «más grande», aquel que impulsa a «dar la vida por los propios amigos» (cf. Jn 15,13). En efecto, Jesús «los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). En el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos «hasta el extremo», hasta el don de su cuerpo y de su sangre.

La Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente

con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor. La Eucaristía es la “fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG 11). Es el compendio y la suma de nuestra fe y se le ha denominado de muchas maneras:

- **Eucaristía**, porque es acción de gracias a Dios.
- **Banquete del Señor**, porque se trata de la Cena que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión.
- **Fracción del pan**, porque eso hacía Jesús cuando bendecía y distribuía el pan.
- **Asamblea eucarística**, porque la Eucaristía es celebrada en la asamblea de los fieles, expresión visible de la Iglesia.
- **Memorial**, porque es el memorial de la pasión y de la resurrección del Señor.
- **Santo Sacrificio**, porque actualiza el ‘único’ (Hebreos, 10, 15-18) sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia.
- **Santa y divina liturgia**, porque toda la liturgia de la Iglesia encuentra su centro y expresión más densa en la celebración de este sacramento.
- **Comunión**, porque nos unimos a Cristo que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo.
- **Santa Misa**, porque la liturgia de la celebración termina con el envío de los fieles a cumplir la misión, la voluntad de Dios, en su vida cotidiana.

"Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección..." (SC 47). Jesús escogió el tiempo de la Pascua para dar a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre, según les había prometido en Cafarnaúm y, para ello, utilizó los signos del pan y del vino, propios de la Antigua Alianza y actualizados por Él en los milagros de la multiplicación de los panes y los peces y de la conversión del agua en vino; signos que abandonan su naturaleza propia cediéndola a la presencia real del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Y nos pidió, «*Haced esto en conmemoración mía*» (cf. Lc 22,19; 1 Co 11,25) y corresponder a su don y representarlo sacramentalmente.

El Señor, de esta manera, espera que su Iglesia acoja este don, desarrollando bajo la guía del Espíritu Santo la forma litúrgica del Sacramento, de forma que el memorial de su total entrega no consiste en la simple repetición de la última Cena, sino en la Eucaristía, novedad radical del culto cristiano, en la que Jesús nos invita a participar en su «hora», a formar parte en el acto de su ofrenda al Padre y a implicarnos en la propia dinámica de su entrega.

